

## **...UNA CACERIA AL PAJARO AZUL"**

El Tema del Amor en la Obra de José Asunción Silva

EDUARDO LOPEZ JARAMILLO Profesor Humanidades U.C.P.R.

Con ocasión del XVII Congreso Nacional de Lingüística Literatura y Semiología, patrocinado por la Universidad Tecnológica de Pereira, hemos considerado de gran interés la vinculación de UCPR, con ésta ponencia.

Esta Ponencia, que es fruto de la paciente investigación del Profesor Eduardo López Jaramillo, pretende contribuir al conocimiento del Poeta, especialmente profundizando esa faceta del Amor, que aunque conocida, sin embargo requiere del trabajo de los investigadores y conocedores del tema y de la poesía.

El Autor, nació en Pereira, realizó estudios superiores en las Universidades de Lovaina - Belgica, Pittsburgh y Chicago en los Estados Unidos. Es Presidente de la Sociedad de Amigos del Arte. Dedicó su tiempo al estudio, la investigación y la docencia.

### **EL POETA**

Todo lo que has hecho,  
Todo lo más perfecto de tus  
Poemas es nada, es inferior  
A lo que tenemos derecho a  
Esperar de ti, los que te  
Conocemos íntimamente, a lo  
Que tu sabes, y bien que  
Puedes hacer.

J. A. SILVA.

El Ángel de la muerte roza con sus alas sombrías los versos del Silva adolescente. Pero también se encuentra expresado en ellos el dulce enigma del

amor. Y es natural que así sea: el amor y la muerte, como estímulos que inducen a la meditación y que despiertan las audacias y vacilaciones del sentimiento, han acompañado las primeras palabras escritas por todos los grandes poetas; como si aquellas almas prístinas, que toda vida no han transitado por los senderos de la vida, encontraran en esos temas de excepción un atisbo del misterio doliente que embarga nuestro ser:

"¡Adriana! ¡Adriana! de tan dulces horas

Guardarán el secreto

Tu estancia, el rayo de la luna, el vago

Ruido de tus besos,

La noche silenciosa

Y en mi alma el recuerdo!... "

Por lo menos cuatro composiciones de "Intimidades"

Están explícitamente dedicadas a invocar este nombre femenino, que algunas veces figura también escrito "Adriana de W", y de cuya identidad real nada sabemos.

No hay duda de que en ella encarna Silva en sus años tempranas una creación ideal del eterno femenino, intangible y etéreo, un fantasma del corazón como también lo fueron la divinal Beatriz o Laura de Naves, criaturas de poesía que al reflejarse en la hermosura de su hermana Elvira, van a permitir la Epifanía del

Personaje inmaculado de Helena en "De Sobremesa" :

¡Helena! ¡Helenas! hoy no es el grotesco temor al desequilibrio. Como lo era El escribir los ridículos análisis de Londres. Lo que me hace invocarte para pedirte que me salves. Es un amor sobrenatural que sube hacia ti como una llama donde se han fundido todas las impurezas de mi vida. Todas las fuerzas de el espíritu, todas las potencias de mi alma se vuelven hacia ti como la aguja magnética hacia al invisible imán que las rige. ¿En dónde estás? Surge, aparécete. Eres la última creencia y la creencia esperanza. Si te encuentro será mi vida algo como una ascensión gloriosa hacia la luz infinita si mi afán es inútil y vanos mis esfuerzos, cuando suene la hora suprema en que se cierran los ojos para siempre, mi ser, misterioso compuesto de fuego y de lodo, de éxtasis y de rugidos, irá a deshacer en las oscuridades insondables de la tumba...

Inútil fue su afán y vanos sus esfuerzos, pues mujeres como aquella no existen en la vida real y son tan sólo creaciones de la imaginación o de la mente, es decir, presencias poéticas. Sin embargo, Silva sintió una atracción magnética por el mundo femenino y a las damas está dedicada buena parte de su obra en prosa y en

-----\*\*\*\*\*-----

-----

(\*) "Intimidades", sus composiciones iniciales, le fueron obsequiadas por Silva a Paquita Martín, compañera de su hermana Elvira, el 21 de Marzo de 1889. Aquellos primeros poemas lograron ver la luz , pública, completos, tan sólo en 1977.

-----\*\*\*\*\*-----

-----

Verso. Nacido en un ambiente de lujo refinado, intelectual y mundano al mismo tiempo, José Asunción vivió rodeado de las risas y coqueterías de sus hermanas menores, con las cuales compartió el encanto provinciano de los salones y la pudibunda galantería de sus enamorados. Muchos secretos de la esfinge femenina están expuestos en sus páginas, velados muchas veces por las sutilezas del arte o mostrados francamente con los tonos más crudos, haciendo con frecuencia una crítica contra la mentalidad del medio en el cual le correspondió desenvolverse. "Laura, Beatriz, Leonora, Desdémona, Julieta", tal como ellas aparecen en el suspirante desfile del verso de Eduardo Castillo, pero también se pasean por las páginas de Silva la señorita que celebra en un baile el aniversario de la muerte de su último adorador o la vampiresa que ocupa el palco de un teatro ofreciendo la blancura de sus senos bajo el verde fulgor de las esmeraldas; en otros momentos,

Haciendo gala de una mayor causticidad, el poeta alude a una pretendida madame Bovary que vivió en Tunja y nos recuerda los éxtasis de amor de Aniceta Contreras o de la histérica Luisa, aquella rubiecita sentimental.

Quienes se han ocupado a lo largo del tiempo de la vida amorosa de Silva, han proferido entorno al tema las más contradictorias opiniones. Don Miguel de Unamuno en el prólogo a la edición barcelonesa de 1908, escribió siguiente: "Silva no es un poeta erótico, como no lo es, en rigor, ninguno de los más grandes poetas y estos grandes poetas, que no han hecho del amor a mujer ni el único ni siquiera el central sentimiento de la vida, son los que con mayor fuerza y originalidad han cantado el amor ese". Unas frases más adelante agrega el lector salmanticense: "Y sin embargo, no es la hermosura de Helena sino la ira de Aquiles el centro de la iliada, ni es, en rigor, Beatriz más que un

pretexto para la Divina Comedia, ni es el amor el quicio cardinal único de Shakespeare, ni Dulcinea es más que un fantasma en el Quijote, ni Margarita otra cosa que un episodio en el Fausto".

Sea, como quiere el maestro Unamuno, pero leamos oportunamente este breve "Madrigal" de José Asunción Silva:

"Tu tez rosada y pura; tus formas grácias  
De estatua de Tanagra; tu ola" de lilas;  
El carmín de tu boca de labios tersos;  
Las miradas ardientes de tus pupilas;  
El ritmo de tu paso; tu voz velada;  
Tus cabellos que suelen, si los despeina  
Tu mano blanca y fina, toda hoyuelada,  
Cubrirte con un rico manto de reina;  
Tu voz, tus ademanes, tú... no te asombre:  
Todo eso esta, y a gritos, pidiendo un hombre".

En 1925 publicó don Tomas Rueda Vargas su libro, "Pasando el rato", una colección de escritos entre los cuales figuran unas páginas dedicadas a José Asunción intituladas "El Silva que yo conocí". Don Tomas, testigo memorioso de aquellos tiempos, así como del largo acontecer de la hegemonía conservadora, visitaba siendo muy joven la casa de los Silva en Bogotá, donde fue conocido por el poeta. Este es un fragmento de la semblanza que de él nos dejara, tamizado con su

proverbial suspicacia sabanera: "Afectado, afeminado, le oímos llamar más de una vez por labios femeninos y dentro de la época estos epítetos cuadraban exactamente y eran justos. Vestido siempre a la rigurosa de Londres, hablando mucho más bajo que sus contemporáneos, pensando más sutilmente, mas complicadamente, podía y así fue en ocasiones, que su talento era muy grande, atraer, fijar en una visita sobre sus temas los bellos ojos oscuros de una bogotana, lograr su atención sobre sus análisis agudos, originales,

salpicados de reminiscencias artísticas de sus lecturas numerosas. ¿Habéis leído sus prosas? Allí está todo él con las mujeres. Allí su esfuerzo por ponerse en comunicación con ellas, por buscarlas por los caminos intelectuales. Sólo a una amó Silva: mujer inteligente, extraordinariamente cultivada, sin el menor asomo de pedantería. Gran dama de belleza tranquila, de carácter preciso y firme. Ella comprendió sus versos, apreció en su justo valor el poder de su mente, gustó de su conversación un tanto afectada, pero extraordinariamente ágil e intensa... Mas ella tampoco llegó al amor; cuando fue tiempo de amar, su mano buscó la de un varón iletrado pero fuerte en el sentido en que las mujeres de ayer de hoy y de mañana sienten, o mejor dicho presienten, la fuerza del hombre".

¿Sería acaso esta dama la misma destinaria de los poemas de "Intimidades" No habiéndolo confesado don Tomás, hoyes difícil saberlo. Sin embargo, ese primer vínculo amorosa en la vida de José Asunción parece haber terminada de manera abrupta con el matrimonio de Adriana (Adriana de W) y, muy probablemente, con la forzosa separación impuesta entre las jóvenes por un viaje de ella al extranjera. "Amar es depeñarse", ha dicho Octavio Paz, "nuestra pareja es nuestra abismo".

Aquel temprana fracasa en amores abrió en la sensibilidad de Silva una herida que no volvería a cerrarse y que determinaría a partir de entonces toda su relación con el sexo femenina. Sometida al proceso alquímico de su laboratorio interior, veamos cómo destila finalmente el poeta una experiencia similar en "Idilio", una de sus "Gotas Amargas":

“Ella lo idolatró y El la adoraba...

- Se casaron al fin?

- No, señor, ella se casó con otro.

- ¿y murió de sufrir?

- No, Señor de un aborto.

- y El, el pobre, puso a su vida fin?

- No, Señor, se casó seis meses antes

Del matrimonio de Ella y es feliz”.

El 23 de Mayo de 1934, en el auditorio Michelet de la Universidad de la Sorbona, Emilio Cuervo Márquez pronunció una conferencia para conmemorar los primeros setenta años del nacimiento de Silva. Quien disertó esa noche en tan noble recinto había sido una de las poquísimas personas admitidas a disfrutar de la conversación y de la amistad, del poeta, al cual salía acompañar de mañana hasta el jardín de San Diego, en la vieja Bogotá, comentando las últimas novedades bibliográficas recibidas por la librería Central, y en otras ocasiones, huésped en el lujosa estudio de Silva que presidía una reproducción de la "Primavera" de Botticelli, hundido el joven estudiante en un sillón de cuero mientras aspiraba el humo de los cigarrillos egipcios, le escuchaba declamar sus poemas o leer algún capítulo de sus "Cuentos negros", hoy desaparecidos. Espectador privilegiado, los testimonios de Emilio Cuervo Márquez se tornan indispensables para recrear imaginariamente el ambiente que rodeó a Silva, sus exquisiteces de dandy o las honduras de su compleja personalidad artística. Esta fue su opinión sobre la vida amorosa del poeta: "He creído que la mujer ocupó limitado espacio en el alma de Silva y dudo que hubiera conocido las delicias y las agonías del amor y menos de la pasión. Nadie supo que una mujer determinada hubiera hablado a sus sentidos o a su corazón, ni nadie lo vio en correrías galantes, comunes a jóvenes de su edad. Las imágenes de mujeres que surgían en su imaginación tienen los contornos imprecisos e irreales de Berenice, de Leonora y de Ligeia. Cuando habla de amor se adivina que este sentimiento es sólo en ~l un espasmo cerebral o una exaltación de artista. Mas que la mujer y el amor, que en su obra en prosa y en verso vemos mezclados con el análisis, con el sufrimiento y con la muerte, preocupan al poeta la inanidad de vivir, la melancolía del recuerdo, la angustia de lo desconocido, las ficciones que pueblan los sueños de la infancia, lo que dicen las campanas al gemir el día de difuntos..." Silva ya había anticipado una respuesta en "Lentes ajenos", otra de sus gotas de acíbar, que comienza así:

“A través de los libros amó siempre

Mi amigo Juan de Dios

Y tengo presunciones de que nunca

Supo lo que es el amor”.

Daniel Arias Argáez, cinco años menor que el poeta y quien se contaba entre sus amigos desde tiempo atrás, cuando ambos compartieron los bancos del liceo de la infancia, manifestó conocerlo desde otro punto de vista en sus "Recuerdos de José Asunción Silva", una entrevista que le concedió a Eduardo Castillo para ser publicada en la revista "Bolívar" de Bogotá, ." Diciembre de 1951: "José Asunción, que jamás fue misógino, era aficionado a las galantes aventuras. Naturalmente. Caballero y artistas las recataba de una

malsana curiosidad. Pero un incidente fortuito levantó en alguna ocasión la punta del velo. Ocurrió un incendio. Que por fortuna no tuvo mayores consecuencias en una casa situada en la calle 19, algunos pasos abajo del sitio en donde hoy se levanta la estatua de don Miguel Antonio Caro. Acudió la policía y como era lógico llagaron los vecinos. Para, Apresurar el salvamento fue preciso forzar la puerta de un local contiguo. Allí. Los ojos asombrados encontraron divanes muelles alfombras riquísimas, refinadas obras de arte retratos femeninos con apasionados dedicatorias... Era la qarconnière de José

Asunción Para precisar mejor sus indiscreciones, Daniel Arias Argáez comentó más tarde: "Castillo olvidó agregar que en una finísima cortina, colocada ad-hoc eran anotadas ciertas visitas por medio de brillantes mariposas de Muzo que en ella fijaba la mano aristocrática del poeta". En un lugar semejante, con elegancias de serrallo escondido, bien pudo haber escrito Silva la enervante melodía de este "Nocturno":

“Oh dulce niña pálida que como un montón de oro

De tu inocencia cándida conversas el tesoro;

A quien los más audaces, en locos devaneos

Jamás se han acercado con los más oscuros deseos;

Tú que adivinar dejas inocencias extrañas

En tus ojos velados por sedosas pestañas

Y en cuyo dulces labios – abiertos solo al rezo -

Jamás se habrá posado ni la sombra de un beso...

Dime quedo, en secreto, al oído, muy al paso,

Con esa vez que tienes suavidades de raso:

Si entrevieras en sueños a aquel con quien tú sueñas

Tras las horas de baile rápidas y risueñas,

Y sintieras sus labios anidarse en tu boca

Y recorrer tu cuerpo, y en su lascivia loca

Besar todos sus pliegues de tibio aroma llenos

Y las rígidas puntas rosadas de tus senos;  
Si en los locos, ardientes y profundos abrazos  
Agonizar soñarás de placer en sus brazos,  
Por aquel de quien eres todas las alegrías  
¡Oh dulce niña pálida!, di, ¿Te resistirías...?

## II

### EL NOVELISTA

“... es que como me fascina y  
Atrae la poesía, así me atrae y me  
Fascina todo, irresistiblemente;  
Todas las artes, todas las  
Ciencias, la política, la  
Especulación, el lujo, los  
Placeres, el misticismo, el amor,  
La guerra, todas las formas de la  
Vida, la misma vida material, las  
Misma sensaciones que por una  
Exigencia de mis sentidos,  
Necesito de día en día más  
Intensas y más delicadas”.

J.A. SILVA

Los testimonios que hemos citado, rubricados por personas que lo conocieron en medio de sus conductas mas espontáneas, señalan en Silva el ejercicio de una extraordinaria discreción en el oficio de vivir, como si hubiera procurado borrar detrás de si todas sus huellas: ni un nombre conocido, ni siquiera una carta de amor. Lo poco que conservamos de este poeta es lo que el mismo quiso dejarnos: su creación literaria. Al morir, había publicado escasamente una veintena de textos en Bogotá, Cartagena o Caracas, pero dejaba una obra: el "Libro de versos", mutilado por manos ajenas antes de su aparición Editorial, y los originales de la novela “de Sobremesa”, que no sería publicada hasta 1925. En verso y en prosa, Silva alude con frecuencia. Al amor y lo hace con un interés marcadamente erótica. Por supuesto que conoció el amor de las mujeres, aun cuando no hiciera de aquella actividad sentimental su única razón de vivir, pues le preocupaba el misterio de la existencia, aquel instante

crucial donde, como a todos los hombres, también lo aguardaba la muerte. En la adolescencia, que es cuando verdaderamente nos ilumina el ideal, Silva escribió poemas de amor puro y tierno; en la juventud (y todo en este poeta es juventud), pulsó una cuerda de vigorosa sensualidad, vibrante De sugerencias carnales, que no había sido interpretada previamente por ninguno de los poetas colombianos. En sus últimos años, cuando el escepticismo fue despojando su lenguaje de la fronda romántica, escribió todavía muchas páginas para ilustrar el tema del amor, la mayoría conservadas en "De Sobremesa" Haciendo gala en ocasiones de una prosa admirable, Silva describe allí a una cortesana de lujo, que cambia repetidamente su tocado y sus nombres. Trasunto de gran diva y de mujer vulgar, se trata del mismo personaje que habita en las novelas de D'Annunzio, de Maupassant o de Paul Bourget, y que finalmente acabará encontrando la realización de su verdadera esencia literaria en Odette de Crécy, aquel amor de Swann.

"De Sobremesa", cuyos originales se perdieron para siempre con el naufragio del vapor "Amérique" frente a las playas de Puerto Colombia, el 28 de Enero de 1895, fue reconstruida por Silva en Bogotá, cuando seguramente ya acariciaba en su interior la idea del suicidio. En unos pocos meses, agobiado por su fracaso existencial y por las tempestades de su propia sensibilidad dolorida, el poeta logró plasmar para la posteridad una radiografía de su mundo interior y, en cierta forma, dejar un testamento espiritual que aún sigue clamando en el desierto. Cuando por fin vieron l. luz pública en las prensas de la revista "Cromos", habían transcurrido casi treinta años durante los cuales aquellos amarillentos papeles durmieron un sueño sepulcral. Mientras tanto las naciones de Europa contagiadas por el frenesí de la más loca bohemia, procuraban reconstruir los destrozos ocasionados por la primera guerra mundial y, sobre el cielo del arte, estallaban los fuegos de artificio de las vanguardias. El modernismo hispanoamericano era una página que pertenecía al pasado. Así las cosas críticos de talento como Jorge Zalamea desde México o como Rafael Maya en Bogotá. Calificaron la novela de Silva de ser una curiosidad literaria y las letras colombianas no han aprendido todavía a considerarla una de sus joyas más rutilantes. Sumido el país durante cincuenta años bajo la férula de la hegemonía conservadora, era natural pensar que aquella prosa no pudiera ser publicada en Colombia. "con su periodistas de la oposición presos cada quince días, sus destierros de los jefes contrarios, sus confiscaciones de los bienes enemigos y sus sesiones tempestuosas de las cámaras disueltas a bayonetazos..." Además, "De Sobremesa" era la novela de un esteta, exornada en cada página con referencias eruditas sobre la hermandad prerrafaelita inglesa, el simbolismo de los poetas de Francia, la música de Wagner, el elogio de Baudelaire o la comprensión exaltada de la filosofía de Nietzsche. Para evaluar aquella prosa es preciso situarla en las postrimerías del siglo diecinueve. Cuando todavía campeaba en nuestras letras la narrativa pintoresca del grupo de El Mosaico y relacionarla en seguida con

las creaciones de Isaac, de los Marroquín o de don Tomás y Carrasquilla, que le fueran contemporáneas. Aún más, habría que compararla con las mejores páginas de Martí y de Rubén Darío, de Julián del Casal o de Gutiérrez Nájera. El día en que un ilustrado exégeta realice este hermoso trabajo. Podrá verse hasta qué punto ha sido absurdo considerar la novela de Silva como una simple curiosidad bibliográfica. Obligándola a representar un humilde papel de Cenicienta en la literatura de Colombia.

"De Sobremesa" es también una novela de amor. Pero a diferencia de "María", la celebrada creación de su admirado Jorge Isaac, llena de candidez y gracia plena, lo que Silva se propuso al redactar esas páginas con la intensidad de su prosa fulgurante, fue describir la lenta y difícil transformación de la carne en espíritu. José Fernández, el protagonista, un millonario suramericano que lee a sus amigos después de una cena suntuosa la relación de sus andanzas europeas, con su "fino perfil árabe, realzado por la palidez mate de la tez y la negrura rizada de los caballos y de la barba", es el prototipo del libertino, Ávido de placeres y de experiencias sensuales, que enardece en el todavía más su admirable conocimiento del arte, su inclinación por las nacientes teorías psicológicas o por los alienistas de la personalidad, y su inmensa fortuna que le permite satisfacer cualquiera de sus caprichos. Un agudo espíritu de observación le sirve al escritor (pues Fernández alter ego ideal de Silva, también es poeta), para describir ambientes y ciudades de Europa, tipos humanos de todas las condiciones y pelambres, así como para demorarse en el recuerdo de los paisajes del trópico o de la vida colombiana. Al correr de su pluma, en medio de las reflexiones más sutiles sobre la sensibilidad y el pensamiento de aquellos tiempos finiseculares, va sucediéndose ante los ojos del lector la historia del amoroso séquito con el cual se solazara don José Fernández y Andrade: seductoras figuras femeninas poseídas por los íncubos de la histeria, vestidas todas por Worth, perfumadas por Guerlain y enjoyadas por Bassot. La primera en hacer su aparición es Lelia Orloff, cuyo verdadero nombre es María Legendre, una cortesana olorosa a magnolias que se complace en el amor de Lesbos y que gusta ofrecer su cuerpo de veinte años en apasionadas caricias sobre sábanas de raso negro. Nini Rousset, "la divetta de un teatro bufo del Bulevard", viene en seguida, "grosera como una verdulera y hermosa como una Venus griega". Sobrepasando los límites de París, esa Babilonia de entonces, conocemos la existencia de otras ninfas comprables en todas las capitales del viejo mundo: lady Vivian en Berlín, Fanny Green en Roma, Constanza Landseer en Londres.

A las aventuras galantes con estas damiselas de postín, José Fernández añade por igual sus incursiones en los huertos del cercado ajeno, realizadas comúnmente con la complicidad de los maridos. Y desfilan entonces la blonda Nelly, hija de un millonario de Chicago y a quien fascinaban los diamantes; doña Consuelo de Rivas, una colombiana, que aun cuando viviera en Francia seguía amando las orquídeas que colgaban de los arbustos en el camino de

Guaimis; la italiana Julia Musellaro, con su tibio olor de Chipre, que impregnaba la atmósfera con una d'annunziana voluptuosidad y, para cerrar este catálogo de las pasiones, Olga, que recordaba los modelos del Tiziano, una baronesa alemana cuyo esposo suspiraba por colgar en su pecho una condecoración del gobierno de Venezuela. Fernández anota entonces en su Diario esta significativa reflexión:

"Quizás el amor tuvo sabores acres y extáticos que pudieran reemplazar a la fe. El de lo místico vino en las rudas épocas medievales y en la expansión grandiosa de pasiones que fue el Renacimiento. Amar temblando, porque Al través de la puerta de la alcoba tibia y perfumada por los besos, se oía el ruido de los pasos y de las armas de los matones enviados por el marido, que subían a vengar la afrenta; amar orando, porque la dama revestía aspecto de Madona; Amar sin satisfacer el amor e inmortalizando el nombre de ella en canciones o en estatuas, ser Benvenuto Cellini o Godofredo, Alighieri, Petrarca, o Miguel Angel, cuando ellas se llamaban Beatriz Portinari, Laura o Vittoria Colonna, fue empresa de hombres, pero hoy, en estas sociedades decrepitas, en que adulterio es fácil y practicable sin peligro, como un sport; en que la vida de la mujer es toda entera una lenta y gradual preparación para la caída y en que los maridos vienen a visitar al afortunado para pedirle favores, es miseria indigna de un hombre".

Resulta natural que Silva conociera mujeres como las que él mismo describe, aunque no hubiese podido amarlas. Por lo demás, ellas eran los personajes más comunes en las novelas de la época: imágenes transfiguradas por una sensibilidad ciertamente decadente, que todavía recordaban el modelo propuesto por Flaubert en 1857, cuando se publicó en París s "Madame Bovary". Silva se preciaba de conocer toda aquella literatura, y algo más. El retrato de esas damas, que en Europa ocupaba libros enteros, transmite la novela del bogotano una y otra vez, con una precisión y una capacidad de síntesis verdaderamente paradigmáticas. Sin embargo, con ninguna de ellas está identificado el protagonista de "De Sobremesa"; para el representan tan sólo locuras de juventud, extravagancias de millonario, trofeos embalsamados como los que colecciona un cazador. Desacreditada la Afrodita popular ante sus ojos demasiado exigentes, el analista vuelve su mirada hacia la Afrodita celestial. Sólo entonces aparece el personaje de Helena: "Cuando mi Dama camina por alguna parte, Amor extiende sobre los corazones corrompidos una capa de hielo que rompe y destruye los malos pensamientos. El que se esponga a verla o se ennoblece o muere. Cuando alguno digno de mirarla la encuentra, experimenta todo el poder de sus virtudes y si ella lo honra con un saludo lo vuelve tan modesto, tan honrado y tan bueno, que llega hasta a perder el recuerdo de los que lo ofendieron. Y Dios ha concedido una gracia particular a mi Dama: la persona que le dirija la palabra no puede tener mal fin". Copió en su Diario José Fernández, citando la "Vida Nueva" de Dante. Y

añadió a continuación: “¡oh! ¡Ven!, surge, aparécete, Helena! Lo que queda de bueno en mi alma te reclama para vivir ”

### III

#### TEORÍA DEL AMOR

“La muerte ... No me impresiona

Pensar en ella; estoy seguro de

Que no es ni más horrible ni mas

Misteriosa que la vida”.

J.A SILVA.

Cuando Dante, de nueve años, ve por primera vez a Beatriz, "vestida de nobilísimo color rojo, suave y honesto, ceñida y adornada como a su edad juvenil convenía", comenzó a temblar con tal fuerza, que su espíritu de la vida, aquel que mora en el corazón, pronunció estas palabras: " ¡ Ay, desgraciado de mi que en adelante estaré sometido". La "Vita Nuova" es uno de los más sutiles manuales de amor que ha producido la civilización de Occidente, con la particularidad de que entre las prosas y poemas que lo conforman es posible encontrar, velados por un lenguaje magistral, puros vestigios del arte de los trovadores del Languedoc y de su arcana mística de amor. Quiere esto decir que el personaje de Beatriz es una nueva manifestación de un tema tradicional, tema que está Admirablemente presentado por Platón, cuando hace que Sócrates refiera a los demás convidados del Banquete la reveladora conversación que sostuvo con Diotima. Se caracteriza, entre otras cualidades, esta clase de amor, por producir tal enajenación súbita de la mente y de los sentidos, que se empieza a vivir al comienzo de una transformación radical del propio ser. Ennoblecadora pasión que no necesita de la presencia y que se alimenta solamente de miradas fugaces, las mismas que atraen la enfermedad y la crisis, pero también los éxtasis ardorosos de la soledad y las más deslumbradoras visiones de la beatitud. Para amar de esta manera, sin perecer, es preciso franquear las etapas de una experiencia iniciativa. Cuando José Fernández, en su juventud, ve por primera vez a Helena: en el comedor reservado de un hotel de Ginebra, sintió de inmediato una violenta conmoción interior, todavía más dolorosa por el estado de debilidad en que se hallaba, después de los estragos de sus noches

de orgía y de las aterradoras pesadillas del opio. La suya, en aquel instante, es también una experiencia religiosa:

"con la mirada que la dirigí habría sido pedirle por perdón por haberla contemplado con mis ojos que han visto la maldad humana y que se han deleitado en su espectáculo porque la luz de purezas de santidad que irradian en los suyos la primera mirada que cruzamos, había sugerido no sé qué extraña expresión de místico respeto irresistible... Si erré antes fue porque no sabía que existieras sobre la tierra criatura de pureza y de luz. Tóquenme otra vez tus miradas y mi alma será salva, decía en el fondo de mi conciencia entenebrecida una voz que vibraba como un canto de esperanza".

Otra característica de esta manifestación del amor por las criaturas, se presenta habitualmente con la desaparición casi inmediata de la persona amada y la consiguiente soledad que empieza a padecer el amante. Como en la leyenda órfica, la búsqueda espiritual, a partir de ese mismo instante, es un pavoroso descenso a las regiones infernales, preguntando en cada círculo por la sombra fugitiva de Eurídice. Dante pierde de vista a Beatriz durante otros nueve años y sólo en muy contadas ocasiones logra contemplarla en vida, antes de que la muerte venga a desencarnarla de este mundo, para que sea ella quien espere al poeta en el Paraíso. La lectura que Silva realizó de la "Vita Nuova" no debió ser excesivamente teológica, pues el estudio de la edad media, que tanto contribuyó a rescatar el movimiento romántico europeo, estaba entonces demasiado influido por una exaltación entusiasta del yo: la Dama de la tradición trovadoresca volvía a mostrarse, es verdad, pero transfigurada en prototipos de mujeres como la nueva Heloísa de Rousseau, la Carlota de Werther.

'Diotima' en la obra de Holderling, Sofía van Kühn para Novalis, Regina Olsen para Kierkegaard, la Annabel Lee de Poe y, muy especialmente, como la Aurelia de Nerval. Aun cuando iluminadas por la fuerza radiante del amor y muy frecuentemente ataviadas con las celajes de las Gracias, en todas estas heroínas de la nueva ficción y de las eternas anhelas humanas, es posible percibir el aura trágica de un renovado infierno, pero casi nunca - la posibilidad de un verdadero paraíso. La concepción del eterno femenino continúa siendo ideal, expresivamente simbólica, aunque su realización en la vida o en las artes no alcance a salvar al amante del escepticismo y de la muerte.

"Aurelia", la última obra en prosa de Nerval, puede servir como ejemplo de esta teoría de amar, cuya doliente resonancia compartieron muchos grandes escritores del siglo diecinueve. Desde la primera página del libro Nerval menciona a Dante, inscribiendo su relato en el ámbito aparentemente cristiano de los trovadores; pero también hace referencia como a una de sus fuentes al "Asno de Oro", la historia de las transformaciones de Lucio Apuleyo, cantada

par él misma en un latín que al parecer no había logrado romanizarse y que pretendía dejar traslucir los! orígenes helénicos de su autor. Se trata, pues, de la invocación de das profundas corrientes espirituales, que van a servir cama coordenadas para una búsqueda amorosa. Desde el comienza, así misma, Nerval nos presenta a Aurelia baja la apariencia de una mujer que existe en una dimensión situada más allá de la muerte y - hasta quien sólo puede llegarse atravesando las puertas de marfil del ensueño a las puertas de cuerna de la locura. Para su propia desgracia, ambas accesos la conducen inevitablemente a un paisaje de espectros, aun cuando las visiones que de ellas percibe conforten su atribulado espíritu can el más paradójica bienestar.

Ahora bien, el narrador de "Aurelia" se conocía a si misma can lucidez: "... es la culpa de mis lecturas: he tomado en serio las invenciones de las poetas y he hecha de una persona sencilla de nuestra sigla una Laura a una Beatriz". Versada cama fue en las arcanas de las alquimistas y en los herméticos deslumbramientos de la teosofía, Nerval experimentó en seguida otro pavoroso obstáculo en su ya vacilante peregrinación hacia Aurelia: la ausencia de la fe cristiana, que había visto desmoronarse en su alma desde la juventud, en aquellos días de revoluciones y de tempestades que le correspondió vivir. "El árbol de la ciencia", nos recuerda, "no es el árbol de la vida". Durante su recorrido por el centelleante laberinto del amor, fueron muchos los senderos que trasegó Nerval, preso en aquel dédalo inextricable: sus visiones personales y sus sueños, la íntima peregrinación a Oriente, las transformaciones de la Isis primordial (en cuyos misterios fue iniciado Apuleyo) , las agonías demenciales o los diálogos con determinados espíritus que en otro tiempo conversaron también con Swedenborg, las mágicas revelaciones sobre el origen del universo y de las razas preadánicas, los infinitos rostros que multiplican un mismo rostro de mujer... Finalmente, en la madrugada del 25 de Enero de 1855, el desdichado poeta Gerardo de Nerval fue encontrado ahorcado en la calle de la Vieja Linterna de París, en las cercanías de la plaza del Chatelet: todavía llevaba puesto el Sombrero y en los bolsillos de su gabán se encontraron las últimas páginas de "Aureia", que había escrito recientemente. Quizá el haya recuperado, más allá de este mundo, ese alma adorada con la cual no le fue posible compartir la creencia en un único dios.

José Fernández, en "De Sobremesa", contempló la conmovedora figura de Helena en una sola oportunidad, mientras ella tomada una comida rápida en compañía de un hombre maduro, un poco antes de subir a sus habitaciones de un hotel. Desvanecida aquella aparición, encuentra a los pies de la silla que ocupó la muchacha un camafeo montado en oro verdoso, "sobre cuyo fondo gris lo blanco del relieve forjada una rama con tres hojas, y revoloteando sobre ellas una mariposa con las alas abiertas" : descripción que va a convertirse en un símbolo de su amor e inclusive también en un sello para ornamentar la encuadernaciones en marroquí blanco de los libros de Shelley y

de Longfellow, de Burne y de Keats, de Tennyson y de Rossetti. Complacido con el trabajo que observa en la alhaja, Fernández se propuso devolverla a su dueña a la mañana siguiente. Averiguó entonces que se trataba del conde Roberto de Scilly y de su hija Helena de Scilly Dancourt. Tarde en la noche, entre las brumas del jardín completamente desierto, Fernández mira otra vez a la joven en el balcón de su cuarto, envuelta en una luz fantasmal, haciendo en el aire la señal de la cruz y arrojando con la mano izquierda un ramo de pálidas rosas de té, que cae a sus pies. Nunca más le sería dado verla. Pero el desvanecimiento que sufrió en aquel preciso momento era el comienzo de una penosa enfermedad, que tratarían con relativo éxito las celebridades médicas de Londres y de París. Estos respetables hombres de ciencia, educados por Spencer y por Darwin, ocupan un lugar destacado en "De sobremesa", pues contribuyen a develar la identidad real de Helena. Sir John Rivington, en Londres, le muestra a José Fernández un óleo del pintor prerrafaelita J. F. Siddal, que era el vivo retrato de la mujer que éste había visto en Ginebra. Unos meses más tarde, en París, el simpático doctor Charvet, tan versado en apatías y ansiedades, descubre una copia de esta pintura y reconoce la imagen de una paciente a quien recetara años atrás en Niza, cuando ella se moría de tuberculosis. Era la madre de Helena. Fernández emprende la búsqueda de su dama por toda Europa, enterándose finalmente de que había viajado con su padre al Oriente. Mientras tanto su enfermedad se agrava, las recaídas nerviosas son cada vez más frecuentes y, sin que el mismo lo sospeche, su destino empieza a vibrar al unísono con el de la amada lejana: un último día del año sufre una angustiada alucinación con sus percepciones del tiempo y acaba desplomándose en la calle sin conocimiento, cuando el reloj anuncia las doce de la noche. En ese mismo instante moría también Helena. La desaparición definitiva de la amada tiene aquí un profundo sentido, pues el amante debe empezar. Vivir su propia muerte, aventurándose, como Orfeo, por los caminos del misterio. Poquísimos símbolos humanos han logrado cometer tal empresa y obtener con ella la salvación: Dante, seguramente, conforme lo revela en su Divina Comedia, quizá también el héroe del Segundo Fausto, por decir algo. En todo caso, entre ellos hubiera querido contarse el personaje de Silva. En un momento supremo, cuando en vísperas de su viaje a América, José Fernández descubre la tumba de Helena en un cementerio de París, se hace esta maravillada confesión: "Muerta tú, Helena? No, tú no puedes morir. Tal vez no hayas existida nunca y seas solo un sueño luminoso de la espíritu; pero eres un sueño mucho más real que eso que los hombres llaman Realidad. Lo que ellos llaman así es solo una máscara oscura tras de la cual sean y miran los ojos de sombra del misterio, y tú eres el misterio ". La novela de Silva ha llegado a su fin: José Fernández cierra el Diario de sus recuerdos y, entre las espirales de humo de los cigarrillos de Oriente, sus escasos contertulios de aquella noche siguen guardando silencio.

EDUARDO LOPÉZ JARAMILLO

Pereira, Septiembre 30 de 1988